




El Milenio

El reino de mil años

Brian REYNOLDS

biblicom.org



«Porque (Jesús) estaba cerca de Jerusalén... ellos (los discípulos) pensaban que el reino de Dios iba a ser manifestado de inmediato» (Lucas 19:11).

Mientras el Señor se acerca a Jerusalén, sus discípulos están pensando en el futuro. Sienten que se está preparando algo importante: el Señor Jesús restaurará «inmediatamente» el reino de Israel y los liberará del yugo y dominio de los gentiles –«esperábamos que él era el que debía liberar a Israel» (Lucas 24:21). Ya están discutiendo sobre «quién de ellos sería estimado más importante» en el reino venidero (22:24). En respuesta, el Señor les dice una parábola sobre un hombre que va «a un país lejano, para recibir un reino y volver» (19:12); así les muestra que el reino de mil años visible en la tierra no estaba a punto de aparecer.

Unos días antes, el Señor anunciaba a los fariseos que el reino de Dios «no advierte su llegada» (17:20). Más bien, aparecería en una forma invisible e inusual, porque el rey sería rechazado de la tierra y volvería al cielo. Así, en el Evangelio de Mateo, el Señor habla a sus discípulos de los «misterios del reino de los cielos» (13:11).

El reino de Cristo aparecerá con poder y de manera visible, pero solo más tarde, en «los tiempos y las circunstancias que el Padre ha puesto bajo su propia autoridad» (Hec. 1:6-7).

Sin embargo, el reino de Dios es una realidad y es precioso para nosotros hoy en día. Dios nos ha liberado del poder de Satanás y «nos trasladó al reino del Hijo de su amor» (Col. 1:13). ¡Fuimos llevados a este reino cuando creímos y fuimos salvados! El «reino del Hijo de su amor» continúa durante el período en que el Hijo está sentado en el trono de su Padre (Apoc. 3:21). Aunque todavía no se ha desplegado visiblemente al mundo, el «reino de Dios» es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Rom. 14:17). El creyente es instado a caminar de acuerdo con estos caracteres, y es un privilegio para él hacerlo por el poder del Espíritu Santo.

«¡Dichoso y santo es el que tiene parte en la primera resurrección!... serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (Apocalipsis 20:6).

El reino de Cristo tendrá lugar un día en la tierra, y es curioso que muchos cristianos se opongan categóricamente a este pensamiento. Sin embargo, las Sagradas

Escrituras son formales e inequívocas a este respecto, tanto en cuanto a la certeza del reinado de Cristo, como en cuanto al carácter de su futuro reino.

El término milenio viene del latín y significa simplemente mil años. Un período de mil años se menciona seis veces en [Apocalipsis 20](#) (v. 2-7); sigue a la segunda venida del Señor Jesucristo, pero precede al cielo nuevo y a la tierra nueva (21:1-4). Este período de mil años debe entenderse como una duración literal de tiempo. Ninguna declaración divina le da un significado espiritual diferente; es exactamente una era de mil años.

La Biblia utiliza varios términos para describir el Milenio. En varios pasajes se le llama «el reino» ([Lucas 19:11](#); [Hec. 1:6](#)). El Señor dijo que «resplandecerán los justos como el sol, en el reino de su Padre» ([Mat. 13:43](#)); en el mismo evangelio, él habla de ello como «la regeneración» –la renovación de todas las cosas (19:28). Pedro habla de los «tiempos de la restauración de todas las cosas» ([Hec. 3:21](#)). Pablo lo describe como «la gloriosa libertad» ([Rom. 8:21](#)), y también como «la administración de la plenitud de los tiempos» ([Efe. 1:10](#)). La Epístola a los Hebreos lo llama «el mundo habitado por venir» (2:5). En el Antiguo Testamento, «el día de Jehová» ([Joel 2:1](#); [Sof. 1:14](#)) anuncia su establecimiento presentando los juicios que lo preceden.

¡Será un tiempo feliz en el que los creyentes reinarán con Cristo! Esta es la promesa que les hace el Señor: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones» ([Apoc. 2:26](#)). También dice que estaremos sentados con él en su trono (3:21). Hoy es el momento de la formación, ¡entonces será el momento del reinado!

«Jesucristo... quien es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas desde la antigüedad» ([Hechos 3:20-21](#)).

El cielo ha recibido al Señor Jesús que se ha sentado a la diestra de Dios «hasta que sus enemigos sean puestos por pedestal de sus pies» ([Hebr. 10:12-13](#)). A continuación, introducirá los «tiempos de alivio» de los que hablaron los profetas «desde la antigüedad» ([Hec. 3:19, 21](#)). Pedro habla aquí de este período futuro como «tiempos de la restauración de todas las cosas». Será un restablecimiento, una restauración –el significado literal es: poner las cosas en orden. Será, en efecto, una era de curación y renovación para la tierra.

«La creación misma» espera este momento, este día de liberación, porque hoy «gime», está «sufre dolores» (Rom. 8:21-22). Habrá cambios notables en la creación, cuando este mundo experimente la liberación de todos sus sufrimientos «para gozar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (v. 21).

Este pasaje de Hechos 3 deja claro que todos los profetas han hablado de este período del Milenio, de este reino venidero de justicia y paz (Is. 9:7), y de sus efectos en la humanidad, en las naciones y en el reino animal. Pero son Ezequiel e Isaías los que describen estos gloriosos y benditos tiempos con el mayor detalle. Ezequiel vio salir aguas del futuro templo (Ez. 47:1). Estas aguas curativas se dividían en dos ríos, uno que fluye al este hacia el mar Muerto, y el otro al oeste hacia el Mediterráneo, y de allí a los océanos del mundo (ver Zac. 14:8-9). Las aguas traerán la curación, y «habrá muchísimos peces» en el mar Muerto, hoy salado y sin vida (véase Ez. 47:6-12); y así será, al final, en todos los océanos del mundo donde todo lo que tenía vida estaba muerto, diezmado por la gran tribulación (Apoc. 8:9; 16:3). Isaías testifica: «Se alegrarán el desierto y la soledad, el yermo se gozará y florecerá como la rosa» (Is. 35:1-2). La curación, la restauración de todas las cosas y la vida caracterizarán a la tierra durante el milenio. ¡Qué alivio para este triste mundo!

«Volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Isaías 2:4).

En un parque de Nueva York, al este de la Sede de las Naciones Unidas, se encuentra un monumento donado por la antigua Unión Soviética en 1959. En la piedra se grabaron estas palabras: Con nuestras espadas, hagamos arados. Esta fórmula se basa en la profecía de Isaías 2.

Pero no serán las Naciones Unidas ni ninguna otra institución humana las que traerán la paz al mundo. La profecía de Isaías deja claro que esto vendrá «en lo postrero de los tiempos» (v. 2), y solo después de que la majestad y la gloria de Jehová haya bajado «la altivez de los ojos del hombre» en el «día de Jehová» (v. 10-12). En su venida en gloria, el Príncipe de paz juzgará primero a las naciones, y luego establecerá su glorioso reino, que pondrá fin a todas las guerras. Las familias nunca más tendrán que llorar la muerte de sus hijos, y los desafortunados inocentes nunca más tendrán que enfrentar los horrores y sufrimientos de la guerra en su país.

No solo cesarán las guerras, sino que las armas de guerra serán transformadas en

herramientas agrícolas para la producción de alimentos. El Rey, Jesús de Nazaret, desmantelará completamente toda la industria militar (Sal. 46:9). En ese momento, las naciones no «se adiestrarán más para la guerra». Cuánto tiempo, energía, riqueza y ciencia se gasta en la investigación y producción de armas –sin mencionar el mantenimiento de los ejércitos y la financiación de las guerras. El mundo gasta 1200 billones de euros al año en presupuestos militares. ¡Esta cantidad sería más que suficiente para alimentar a todos los pobres del mundo! Bajo el reinado de Cristo, el objetivo ya no será la guerra, sino la agricultura. El salmista anuncia: «Habrá abundancia de grano en la tierra» (Sal 72:16, LBLA).

«En adelante veréis abierto el cielo y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Juan 1:51).

El reino de mil años no solo será un reino terrenal, porque Cristo también reinará en los lugares celestiales. Habrá una conexión entre el cielo y la tierra que no existe ahora. El Señor Jesús le dijo a Natanael que vería «cosas mayores» que el reino del Mesías gobernando sobre Israel (Juan 1:50). Vería «abierto el cielo y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre». El Hijo del hombre será el gran administrador del universo de Dios, y los ángeles le servirán. El cielo está abierto ahora para el creyente, pero en el Milenio estará abierto para la tierra.

Aunque la revelación de las cosas celestiales no fue dada, como tal, a los profetas del Antiguo Testamento, hay, sin embargo, una referencia a esta conexión entre el cielo y la tierra en el libro de Oseas: «En aquel tiempo responderé, dice Jehová, yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra» (2:21). La Iglesia será asociada con Cristo en su dominio universal; ella es presentada en ese momento como «descendía del cielo, desde Dios» (Apoc. 21:9-10), haciendo este vínculo entre el cielo y la tierra. Israel será el centro del reino terrenal que el Señor administrará en Jerusalén a través de un virrey, el «príncipe» (Ez. 44:3).

Lo que Dios ha planeado «para la administración de la plenitud de los tiempos» es «reunir todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos como las que están en la tierra» (Efe. 1:10). El plan de Dios, según su administración, para el Milenio (aquí llamado «la plenitud de los tiempos») es que todo, en el cielo y en la tierra, sea dominado por Cristo (literalmente: resumido en Él). Una de estas «cosas mayores» de las que Jesús le hablaba a Natanael es la herencia que vendrá para el creyente: ¡somos «coherederos con Cristo» (Rom. 8:17) y reinaremos en el cielo y en la tierra

con él (2 Tim. 2:12; Apoc. 20:6)! Porque está escrito: «Le daré parte con los grandes» (Is. 53:12).

*Todo mi corazón arde cuando te veo,
¡Con los ojos de mi alma, oh gran Rey de reyes!
Gobernar con poder sobre todo el universo,
Y, con tu presencia, romper todos los grilletes.*

*Himnos y Cánticos en francés, No. 93, 1
Salmodia moravia*

«Cuando se acaben los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro extremos de la tierra» (Apocalipsis 20:7-8).

¡La rebelión al final del milenio! ¿Cómo puede suceder? Durante mil años, la humanidad habrá disfrutado de una era de paz ininterrumpida (Is. 2:4), de alimento abundante para todo el mundo (Sal. 72:16), de justicia para los pobres y los oprimidos (v. 2), de una creación renovada (Ez. 47:9), del conocimiento de la gloria de Jehová extendiéndose a toda la tierra (Hab. 2:14). Y Satanás habrá sido atado (Apoc. 20:2).

El razonamiento humano concluiría que tal reinado sin precedentes de bendiciones debería llenar el corazón del hombre con felicidad y adoración. Pero lo que la palabra profética más bien presenta en estos versículos de Apocalipsis 20 es una rebelión a escala mundial al final del Milenio.

Los santos glorificados reinarán con Cristo desde los lugares celestiales (v. 6), y los creyentes que han sido salvados de la gran tribulación, repoblarán la tierra desde el comienzo del Milenio. Sin embargo, algunos de sus hijos no vendrán a Cristo. Parecería que las circunstancias serían ideales para lograr la conversión, debido a las bendiciones del reino. Pero los corazones de muchos incrédulos permanecerán secos, a pesar de vivir en un mundo tan privilegiado. El profeta Isaías alude a esto cuando dice: «Se mostrará piedad al malvado, y no aprenderá justicia; en tierra de rectitud hará iniquidad» (26:10). Pero si esto va a suceder ese día, ¡qué lección para nosotros hoy! No debemos pensar que el hombre sería más feliz y satisfecho si tuviera mayores bendiciones materiales. ¡Qué importante es también orar por

nuestros hijos! Un hogar piadoso y feliz no es garantía de su salvación, y si Satanás es capaz de causar la rebelión en el mundo bendito que viene, cuánto más es capaz de hacerlo en nuestro actual mundo de tinieblas.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado» (Apocalipsis 21:1).

El apóstol Juan vio «un cielo nuevo y una tierra nueva» que sucederán al reinado de mil años (Apoc. 21:1-5). Este estado eterno es una creación completamente nueva, mientras que el Milenio es una renovación, o restauración, de la primera creación. Es importante entender esta distinción porque algunas personas niegan que existiera un reino milenarista de Cristo y confunden las profecías que hablan de él con el nuevo cielo y la nueva tierra.

El reinado de mil años será un período de tiempo en el que reinará la justicia (Is. 32:1; Sal. 72:7). Todavía será posible que haya pecado y maldad, pero el mal será refrenado y juzgado rápidamente (Sal. 101:8). El reino de justicia del Mesías se extenderá «desde el río hasta los confines de la tierra» (72:8). Pero en el estado eterno –«el día de Dios»– la justicia morará porque el pecado y el mal serán completamente suprimidos (2 Pe. 3:12-13). Ya no será necesario que reine la justicia porque ya no habrá necesidad de un gobierno como tal. Será el descanso eterno de Dios: no habrá más tristeza, llanto, dolor o muerte (Apoc. 21:3-4). Durante el Milenio, la muerte seguirá ocurriendo, aunque raramente (Is. 65:20). Al final de los mil años, «los cielos con gran estruendo desaparecerán, y los elementos, ardiendo, serán disueltos; la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas» (2 Pe. 3:10; véase Apoc. 21:1); entonces vendrá la nueva creación, y Dios será «todo en todos» (1 Cor. 15:28).

El milenio tendrá lugar para la justificación del carácter de Dios, que ha sido deshonrado en el malvado mundo de hoy. Pero el estado eterno subsistirá para la satisfacción de su naturaleza. Entonces, los santos glorificados de todas las épocas morarán con Dios, y él con ellos (Apoc. 21:3). ¡Serán su pueblo, y él será su Dios para siempre!

*Tu mayor ternura los corazones llenará
Santos, cuyas lágrimas tu mismo secarás.
En las amables costas, el Cordero los alimentará,
El río de aguas vivas los desalterará.*

Himnos y Cánticos en francés, No. 93, 2
Salmodia moravia

«(Jesús) fue transfigurado delante de ellos» (Mateo 17:2).
«Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino» (Génesis 14:18).

Terminamos esta serie de artículos sobre el Milenio con una visión profética y una figura del reino venidero.

El Señor Jesús había dicho que algunos de sus discípulos «de ninguna manera probarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su reino» (Mat. 16:28). Seis días después, Pedro, Santiago y Juan vieron cumplidas estas palabras del Señor: «fue transfigurado delante de ellos; su cara resplandecía como el sol» (17:2). Esta visión de su gloria como Rey de reyes (Apoc. 19:16) cuando reinará en la tierra fue vista por sus discípulos cuando estaban «con él en el santo monte»; entonces fueron «testigos visuales de su majestad» (2 Pe. 1:16-18).

El personaje misterioso del rey-sacerdote Melquisedec es una figura del Señor Jesús en el Milenio. En una batalla entre los ejércitos confederados –la primera mención de la guerra en la Biblia–, Abraham lucha victoriosamente para liberar a Lot, su sobrino (Gén. 14:1-17). Después de esta batalla de los reyes, Melquisedec se presenta con pan y vino para Abraham. Después de la batalla de Armagedón (Apoc. 16:16), el Señor Jesús aparecerá en plena función de su sacerdocio según Melquisedec. Entonces se sentará «y dominará en su trono» (Zac. 6:13). Entonces consolará al fiel remanente de Israel con «pan y vino».

El sacerdocio del Señor es «según el orden de Melquisedec» (Hebr. 7:17), pero ahora se ejerce según el modelo del sacerdocio de Aarón. Sin embargo, ahora rechazado y oculto a la vista del hombre, este Melquisedec tiene un pueblo en la tierra. Estos son los frutos de su glorioso triunfo en la cruz (Col. 2:13-15). Este santo y real sacerdote fortalece a los creyentes cuando comparten el pan y el vino, en memoria de su gran victoria.

*Brillando con gloria y luz,
Vendrás en tu esplendor,*

*Y, en el cielo y en la tierra,
Tu reinarás, Cristo y Señor.
Pero ya nuestra alma,
Jesús, te proclama
¡Hijo de Dios, poderoso Redentor!*

Himnos y Cánticos en francés, No. 218, 4